

miento del poeta asciende cada vez más manteniéndose melancólico en la visión del bien: Su palabra sonora, que surge desde los secretos más íntimos del espíritu, produce una influencia profunda en las almas; tiene un suave acento de piedad para todos los dolores, para todas las desventuras, para las miserias todas; «*meutem mortalia tangunt*»: él, el poeta romano, siente horror por la guerra, «*scelerata insania belli*». Un sentido superior de la vida, una conciencia purísima de lo bueno y de lo bello, una delicada y conmovedora humanidad, anima aquella divina poesía que parece traer a la realidad los ensueños juveniles cantados en la orilla del Mincio:

Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo.

Y sin embargo, en el imperio del mundo se sucedieron severos y sangrientos, Tiberio y Calígula. Pero nació, también, Jesucristo. Desde entonces los siglos todos admiraron al poeta mantuano quien, como un cisne, abandonó la tierra siguiendo a las estrellas con su canto:

Linqwentem terras et sidera voce sequentem.

Conciliador entre dos mundos, pasa, cual Hermes entre las sombras del infierno, rompiendo las tinieblas de la edad media con el áureo látigo de su canto: pasa, y Dante, apenas lo divisa en el límite de la selva salvaje, le tiende los brazos y ante él se arrodilla; y él, en Dante, limpia, a Italia y a Europa, de la pátina de la barbarie, y manda su espíritu, por entre diversas gentes, a Camoens, a Racine, a Schiller.

Tal es en la historia del pensamiento humano vuestro conterráneo, o mantuanos de Piétole.

5.—¿Pero, no tendrá hoy que dar a Italia un consejo o una admonición, el poeta, al cual las

almas temerosas de la edad media solicitaban visiones del porvenir?

Hace varios años, en un ocaso de otoño, recorría yo esta llanura mantuana. Brillaban las mieses en la alegría del estío; en la verdura ondeante como un mar, por los senderos polvorientos, llenos de quienes de los mercados retornaban, surgían los rumores de la vida y del trabajo; blanqueaban las casitas felices entre los altos y rectos árboles; el crepúsculo todo lo envolvía en un rojo sopor vaporoso. Llegué a Castel d'Ario; y en escuelas ventiladas y nítidas vi caras serenas de niños y de niñas florecientes, y escuché de aquellas bocas inocentes ascender cantos de gloria y de virtud. Las madres sonreían en los umbrales, los varones se paraban a los bueyes de los carros, y desde los establos mugían las vacas. Un castillo de la edad media, cuyas hendiduras velaba la hiedra eterna, enrojecido por los resplandores del ocaso parecía avergonzarse de su inútil y cruel elegancia en medio de los triunfos de la industria pacífica y del trabajo humano. En aquellos cantos de niños, entre aquellos mugidos de vacas y de bueyes, en aquellas manifestaciones de belleza, de fuerza, de tranquilidad, dentro de mi corazón, me pareció sentir el espíritu de Virgilio. Y decía:—Oh italianos, dad vigor e independencia a la agricultura, llevad la paz a las campiñas! Desterrad, de los surcos, el hambre; de los cuerpos, la enfermedad; de las almas, la torpe ignorancia. Dad la paz a los campos y a los labradores. Y el águila romana verá crecer de nuevo sus plumas y guiará, por encima de los montes y por encima de los mares, nuestro derecho y, con él, las victoriosas armas de Italia: «*Victorisque arma Quirini*».

Giosué Carducci

Discorsi Letterari e Storici, volumen primero de las Obras de Giosué Carducci, páginas 189 a 202. Nicola Zanichelli, editor. Bolonia, Italia. Traducción y envío de JOSÉ FABIO GARNIER.

España y el ideal virgiliano

=De A B C, Madrid=

Virgilio se diferencia, sobre todo, de Homero en llevar, además, el peso de una grave conciencia política, y en no podernos ya parecer, a causa de esto, *tan poeta*. Inmediatamente, cuando se le despoja de sus máquinas de portento y de sus maravillas melodiosas, el Virgilio político no deja de parecerse, por ejemplo, a Mauricio Barrés: "La tierra y los muertos". La tierra, que son las *Geórgicas*, y los muertos, con su inmortalidad, que son la *Eneida*. Entre la tierra y los muertos, las *Eglogas*, que son, ante todo, un lazo espiritual, un poético puente entre el oficio sencillo y la divinidad fabulosa. El ideal patriótico de Virgilio es una Roma "rica de cosechas y de héroes".

Como Barrés, cuando mira hacia atrás antes del victorioso golpe de César, ve un turbio período republicano y demagógico, con sus charlatanes, traidores, agiotistas, asesinos y meretrices, entre quienes se juegan y malbaratan los destinos ilustres de Roma y se vive con fiadamente entre desastres coloniales de guerra, bancarrotas económicas, diversiones, vergüenzas, cohechos, Bancas ávidas, Sociedades anónimas y casas de ocho y diez pisos, cuya altura tendrá que reducir Augusto a treinta metros. Se han desertado el campo y la virtud. Las *Geórgicas* tienen una fuente prosaica, oficioso, nobilísima, de contribución a una propaganda administrativa y estatal de política

agraria. Volver a la tierra y a los héroes y volver a los dioses también. He aquí Virgilio. A través de Virgilio toda la Historia se nos aparece como una aspiración al equilibrio entre las pastorales y la epopeya.

Es frente a la tierra de Sicilia, llena de pastorales griegas, donde acaso Cervantes imaginó por la primera vez que Don Quijote, el épico, en último ejercicio de perfección, querría profesar desarmado el ministerio pastoril, porque entonces sería, como nunca, hombre de Europa, cuyo espíritu ve incesantemente su ideal perdido y soñado en el retorno a la felicidad, bajo el báculo arcaico. De Virgilio a las pastorales del siglo XVIII—de Virgilio, que es orden, a Rousseau, que es demencia paradisíaca y delirante—, la lírica pastoril desenvuelve hasta deformarlos todos los motivos esenciales a la unidad moral de Europa. La égloga donde ponen los gentiles el último recuerdo de la Edad de Oro, viene a fundirse en los albores de la poesía cristiana con la nostalgia milenaria del paraíso, con el Cristo Orfeo y pastor de las Catacumbas y las visiones del Pastor de Erma. Tras la caballería de los cruzados surge la pastoral franciscana, donde la cortesía se hace popular y divina y es una flor de primavera que perfuma el mundo. En seguida, con Dante y Petrarca, se abre la pasto-

ral renaciente. El pastor, niño y cíclope, patriarca del Viejo Testamento, Monarca, fundador y dios grecolatino, es, ante todo, predilecto del amor y la muerte, garzón de Venus o Cibeles, esposo del cantar de cantares, precursor Bautista en el Jordán y Divino entre todos, Cristo, Buen Pastor que tiene por vicarios a Romanos Pastores. Toda ilusión de orden futuro necesita una pastoral y una epopeya: un pastor Pedro, y, junto a él, un paladín Pablo, con las dos manos apoyadas sobre la empuñadura de la espada. Pastoral del aldeano de Alemania, Lutero, o del *berger* de Suiza, Rousseau, y en seguida epopeya de las guerras de Religión o de las guerras de Revolución. Allá lejos, en Ultramar, de la pastoral sudorosa—otra vez virgiliana—de los colonos, nacían mayos nuevos de paz y libertad. El viento antiguo neocristiano y neoclásico soplaba en las banderas de Washington y de Bolívar.

El Imperio ha podido consolar a los hombres como una idea eterna. Ha combatido a los cartagineses, a los escitas, a los turcos, a los agarenos, a los luteranos como los griegos han batido a los persas. El viento de Lepanto es el mismo de Salamina. Pero es Virgilio, el poeta de Augusto, quien al venir a la tierra de Sicilia inventa el equilibrio de la pastoral y la epopeya, el Imperio Piadoso, invocando a las musas sicilianas. No en vano Goethe ha llamado a Sicilia "isla reveladora". Desde este balcón sobre Grecia, Virgilio aprenderá mirando a Grecia—mirando sin querer, también hacia Belén. Las pastorales de aire divino que reconciliaran al mundo cristiano con el mundo clásico y citaran los Papas y Doctores como profecías. Las sibilas por virgilianas, más que por sibilas—*ultima Cumaevi*—estarán en el techo de la Sixtina mezcladas a todas nuestras grandes, cristianas y católicas alegorías. Desde Sicilia, mirando a Grecia, Virgilio imitará la epopeya homérica y la *Eneida* será el puente latino tendido entre la antigüedad y *La Divina Comedia*, de Dante, el sumo poema cristiano. Virgilio y la tierra siciliana van a servir de intermediarios de universalidad a todos los imperios futuros.

Y a nosotros también. Ahí están nuestros escudos españoles de Sicilia. Con ellos he rezado alguna vez como un rosario de coronas y de cuarteles españoles en la alegría y la tragedia de las dos Sicilias. Con ellos, bajo el cielo caritativo de la magna Grecia, he rememorado una epopeya castellana—la del Mío Cid hasta Lepanto y hasta Rocroy—junto a una pastoral castellana: la de Berceo, la del Arcipreste, la de Montemayor, la de Garcilaso, la de Cervantes, la de fray Luis, la de Juan de la Cruz. Con ellos—escudos españoles de Sicilia—he visto mezclarse sobre la tierra siciliana, como en ninguna tierra del orbe, las lecciones más equilibradas y puras de la conciencia clásica con las catástrofes y los desórdenes más violentos o fatales del tiempo y de la Naturaleza.

En la torre casi derruida de Castellamare, en Palermo, una fina puerta de arco rebajado, hermana de las de Toledo y Alcalá, sostiene las armas reales. El sol de mediodía da como en el rostro de un cuadrante solar en el viejo escudo de España. Al fondo, sobre el intenso mar azul, aquietado en el cerco de oro de los montes, flotan, como pétalos en una copa, las embarcaciones pintadas a la antigua, de colores claros. Bajo las nubes blancas, que deshacen ya su cortejo matinal de bodas, el escudo del Rey Fernando y la Reina Isabel casi brilla en el mármol donde fue sobriamente inciso sin es-carolados follajes. A los lados, bajo dos angé-